

Discurso homenaje a Salvador Giner (La Glorieta)

22 de mayo de 1921

Voy a hablaros del maestro Giner, de su gloria y de su arte.

Hablo en castellano porque así se asocian al homenaje todos los hombres que hablan este idioma, y lo único que siento es no poseer un idioma universal para rendir con él homenaje al excelso músico y que en ese idioma se cantasen sus glorias en toda la tierra.

Yo he sido amigo y admirador del maestro Giner. No nos veíamos a menudo, sino de tarde en tarde, pero había entre nosotros corrientes de intensa simpatía, y un parentesco espiritual, que determinaba el cariño y mi admiración.

Los dos pertenecíamos a una misma familia, y aunque ambos teníamos dos concepciones bien distintas de cómo debe organizarse la vida y de lo que hay más allá de la muerte, es lo cierto que él y yo nos encontrábamos en un terreno que nos era común. Él, como glorioso maestro, yo, como principiante, porque por entonces era aún desconocido para muchas gentes, acudíamos a dicho terreno y nos buscábamos, encontrándonos siempre, ante el arte.

Todas las manifestaciones más desinteresadas, más generosas, deben desarrollarse en el campo del arte. Solo los espíritus que no están cultivados por la civilización, enturbian con pequeñas pasiones la grandeza de estas emociones artísticas.

Cuando nos juntábamos muy de tarde en tarde, hablábamos de Beethoven, la encarnación más sublime del genio de la música en la humanidad.

Yo he de recordar aquí que hace algunos años, en un homenaje que se me hizo en el teatro Principal, habían de tocarse por la orquesta algunas de sus obras, y aquel venerable maestro tuvo el rasgo de artista de presentarse en el teatro y dirigirla, por encima de indicaciones que en contra de este acto se le habían hecho. Él, que me llamaba cariñosamente «Visantet», no quiso faltar a aquel acto.

Figuraos, pues, señores, con qué contento, con cuánta satisfacción vengo hoy aquí, a la glorificación del genio musical valenciano: a don Salvador Giner.

Este festival está dedicado a la excelsitud artística de sus obras.

Yo he sido un admirador del gran maestro, y esta admiración tenía para mí algo de nostalgia, algo de melancolía.

Ese hombre era un gran músico, más que de cerebro, de corazón; sabía como nadie comunicar con los sonidos emociones de ternura y de entusiasmo intensísimas.

Tenía, llevaba en su genio materia suficiente para ser una celebridad en todos los países de la tierra, pero sus producciones apenas son conocidas fuera de España.

¿Sabéis por qué no han salido fuera de Valencia? Porque el maestro Giner ha sido también una víctima del canto de la sirena. Él prefirió esta vida tranquila, el encanto de esta tierra y este sol, los perfumes de nuestros campos a la gloria mundial.

Escuchó los cantos de la sirena y esta le abrazó.

Los artistas debemos pensar y querer a Valencia, intensa, locamente, llevar su imagen grabada siempre en el alma, pero no dejarse seducir por sus encantos, sino vivir lejos de la ciudad querida, entregados al arte.

A semejanza de lo que ocurre en astronomía, nos ocurre a los artistas. Ocupan el firmamento planetas con luz propia y otros astros opacos con luz refleja.

Estos astros opacos toman luz y calor que es vida de aquellos, que tienen luz y calor propios, y al rodar de los años estos astros que dan luz y calor y no reciben en cambio nada, acabarán por ser opacos.

Por esto los artistas deben viajar, deben estar constantemente en acción, para recibir de esos astros que brillan con luz propia en el campo de la literatura, de la música, de la pintura, su luz y su calor. Solo así por el intercambio artístico o literario se formarán y llegarán a ser astros de primera magnitud.

Si don Salvador Giner hubiese viajado, hubiese luchado, hubiera puesto en acción constantemente sus dotes de gran músico, sus producciones las hubieran oído y apreciado los grandes públicos.

Pero aquel viejo venerable, que aferrado a su tierra paseaba los días de lluvia por los claustros del Patriarca, no debió regatear al mundo su genio, sino salir por él y difundir su tesoro para que todos le conocieran y apreciaran.

No hay más que ver las contadas veces que se ha oído su música en el extranjero.

Fue preciso que el gran maestro Mancinelli conociese la obra de Giner, para que le aconsejara que hiciese algo grande para orquesta y a esa indicación se debe *El festín de Baltasar*, obra que se ha tocado después en todos los países.

Entonces ocurrió en el mundo musical lo que en astronomía al afortunado astrónomo que en sus observaciones descubre un nuevo planeta y poco después, cuando se halla dedicado al estudio de sus características, desaparece.

Se estrenaron las obras teatrales del maestro Giner y no se extendieron lo necesario para sus prestigios, por el aislamiento artístico en que vivimos.

A pesar de este aislamiento, su música acabó por imponerse.

El prestigio de Valencia en el campo del arte cada día es mayor.

Valencia es una gigantesca matrona, cuyos pies desnudos se sumergen en la espuma del Mediterráneo, mientras su cuerpo reposa recostado sobre sus perfumados jardines y su cabeza envuelta en esplendorosa corona de blancas nubes. Esa matrona es nuestra madre, que cuidadosa de sus hijos, de sus artistas, los va tomando poco a poco y los deposita a cada uno en su puesto; unos sobre sus rodillas; otros, junto a sus hombros.

Esa matrona colocó al músico Giner sobre su corazón, porque el corazón de Valencia es música que suena y canta y el gran maestro, a ese movimiento vital supo contribuir con las notas mágicas de *Nit d'albaes* y *Es chopá... hasta la Moma*.